

EVA DÍAZ PÉREZ

# Los viajeros del continente

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2023

© Eva Díaz Pérez, 2023  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Gama, S.L.  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona  
Depósito legal: B 12835-2023  
ISBN: 978-84-19738-20-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

y no hallé cosa en que poner los ojos  
que no fuese recuerdo de la muerte

QUEVEDO

La muerte más voluntaria es la más  
hermosa. La vida depende de la voluntad  
ajena; la muerte, de la nuestra

MONTAIGNE

## Regaliz y amoníaco

Ocurrió en uno de esos solares en los que hacíamos fogatas por las tardes. Humo de ramas y basuras. La boca pringosa del pan de jengibre con melaza. Me picaba la postilla del brazo. La herida sangró y chupé el relieve negro como de roca, que me dejó un sabor ferruginoso, a hierro oxidado. Un caramelo de sangre seca que se deshizo poco a poco en la boca. Tenía un agujero en el zapato izquierdo y los calcetines estaban mojados, no sé si de sudor o porque mamá los había descolgado del tendedero antes de tiempo. Olían mal, pero eran los únicos que tenía.

En uno de esos solares estaban Jimmy y Andrew con el perro sarnoso de los Parker. Ese chucho no dejaba de escarbar la tierra buscando huesos y basura enterrada. Jimmy se había comido una pulga que le encontró al perro detrás de la oreja. No era la primera vez. Decía que las pulgas sabían bien porque de ellas salía sangre dulce y caliente. Después de tragársela eructaba, como cuando tomas bebidas carbonatadas muy rápido y sin respirar.

En el solar había un edificio que se había derrumbado tras un bombardeo. Fue por uno de los primeros proyectiles que cayeron aquí, en el East End. Aún recuerdo aquellos días. Alarmas. Un zumbido empapado de silencio. Miedo. Escalofríos. Estruendo. Gritos. Los oídos sordos durante unos segundos y luego un viento de fuego que te arrastraba hacia el cráter.

El solar aún tenía un cráter en el que el perro de los Parker siempre buscaba, nervioso. Había encontrado una chaqueta vieja, latas vacías, un tenedor retorcido por el fuego y trozos de un jarrón. Andrew dijo que también había descubierto un hue-

so humano. Pero yo creo que era mentira, una más de sus fabulaciones, porque nunca lo enseñaba. Decía que era su tesoro secreto. Estaba pirado y sé que por las noches seguía soñando con las bombas. Y se meaba en la cama. Por eso cuando llegábamos al solar él no quería mojarse las manos con orines. Ya no le quedaban ganas. Se había vaciado en las sábanas. Yo le decía que eso cura las grietas y endurece las manos. Las manos de los hombres. Una vez vi hacerlo a un soldado. Así no nos dolerían cuando rastreáramos en los solares buscando cosas.

Las manos me huelen a regaliz y a amoníaco porque acabo de orinar sobre ellas. Ahora estoy otra vez en el solar donde explotó la bomba. En el mismo solar donde mis amigos murieron porque se les ocurrió tirar de la espoleta de un objeto que el perro de los Parker encontró al escarbar en el cráter.

Yo tenía las manos mojadas y me las estaba oliendo porque me gustaba el aroma a regaliz que dejaban los orines y entonces ellos saltaron y una ola de fuego me quemó las pestañas. Jimmy y Andrew parecían muñecos negros. Tenían las piernas y las manos retorcidas como insectos absurdos y sus caras habían desaparecido. Ahora tengo dudas de que fueran realmente ellos. ¿Eran mis amigos los que murieron por culpa de aquella bomba olvidada de la guerra?

Vuelvo a estar en ese solar y me asomo al cráter. Descubro un enorme agujero. Se oye el paso de una corriente de agua. Es un río, uno de esos ríos perdidos de Londres. Huele a alquitrán, a brea, a sebo, a mierda. Flotando en sus aguas negras veo el Támesis helado con borrachos y suicidas que olvidaron cerrar los ojos. Veo fuego y apestados, molinos que ya no existen. Suenan en el fondo de este abismo las campanas de Saint Mary-le-Bow con toques de queda. ¿Por qué lo recuerdo? Y el carillón del Big Ben con el aria del *Mesías* de los días felices. Siguen flotando en estas aguas negras duelistas al amanecer en Primrose Hill y entonces recuerdo una ciudad monstruosa. La memoria de ese espectro que devora los siglos. Veo cómo hierven cabezas de traidores que luego alguien coloca en el puente con ridículas coronas de hiedra porque la comedia ha terminado. Veo rosas blancas-York y rojas-Lancaster, sudor de caba-

llos que galopan hasta el último paso de postas, la antigua muralla con sus siete puertas dobles. Argamasa mezclada con sangre de bestias, peste de curtidurías, tabernas en las que fermenta la cerveza, basura de pescaderos en Thames Street. Veo un ómnibus y farolas y una niebla amarilla que se me cuele dentro y cría fantasmas en mis pulmones. Veo tempestades, vapor, mar, viento azotando patíbulos mientras huele a heno de Whitechapel. Se acerca ensordecedor, salvaje y veloz, un vagón de metro. Dentro viajan muertos, pero son muertos antiguos, muertos de otro tiempo que parecen salidos de mis manuales de Historia.

Son los muertos de Londres.

Llegan de las estaciones de todos los siglos. Y yo tengo que oler mis manos de regaliz y amoníaco para recordarme que no soy uno de ellos, que aún estoy vivo porque puedo mear, mis riñones siguen funcionando y puedo sentir los ríos de orines que aún recorren mis entrañas.

En Portsmouth, Hugh reconoce con placer los viejos aromas del puerto: la brea marina, el cáñamo de la cordería, la neblina pegajosa de la playa, los vapores salinos. Había pasado muchos veranos allí, primero con sus amigos y luego con Violet. Ella llegaría en el tren de la noche. Hasta el último momento no sabían si harían juntos el viaje al continente, pero al fin Violet se había decidido. Un viaje meditado por Hugh, un sueño de toda la vida, un itinerario por Europa al modo de los antiguos viajeros del Grand Tour. Aunque Hugh y Violet saben que no llegarán a Italia, destino final de esas travesías. Ni a la casita en la Toscana con la que siempre habían soñado como lugar de retiro definitivo. Lo que tendría que haber ocurrido, pero que nunca será.

Aprovecha el sol de la tarde para pasear un rato por el anti-guo astillero antes de recoger a Violet en la estación. Siempre hace sol en Portsmouth. Al menos así ha ocurrido en sus visitas, aunque ahora medita sobre los caprichos de la memoria. Quizás es que sólo recuerda los momentos felices. Portsmouth

es el recodo amable de la vida, una ciudad azul y blanca con olor a sol y a mar. Por eso había decidido partir de su puerto para este viaje al continente. Portsmouth –y no Newhaven, Poole, Plymouth o Dover hasta la más cercana Calais–, porque Portsmouth forma parte de su biografía. Y a él le apetece recordar. Regresar más que descubrir. Su vida es ahora un vagón atestado de pasado y apenas unos pocos paisajes por estrenar.

Ve el barco histórico de Nelson en el antiguo astillero, el *HMS Victory* en dique seco vomitando turistas que se hacen fotos estúpidas donde el almirante fue abatido. El tiro de mosquete entrando por su hombro izquierdo, bajando hasta sus costillas, rompiendo dos de ellas, que penetran como puñales en el pulmón. A cada latido, respira sangre. Héroe muerto. Fin de la batalla de Trafalgar y ascensión a los cielos de la gloria histórica.

Hugh y Violet viajaron una vez a Trafalgar. Allí no quedaba ningún resto de la batalla naval, pero les bastó intuir lo que alguna vez ocurrió. Mientras contemplaban un hermoso atardecer rojo sobre las aguas de Cádiz, imaginaron que los viejos barcos de guerra seguían reproduciendo la naumaquia con los navíos vencidos de la flota francoespañola llenos de soldados muertos bajo las aguas. Hugh se emocionaba relatando cómo Inglaterra vencía y se convertía en la gran potencia marítima del siglo en este océano de sangre antigua y fantasmas. Lástima que el almirante Nelson muriera de un disparo de mosquete. Se lo imagina ahora desangrándose en esa misma cubierta del *Victory* que ha resistido los embates del tiempo, justo donde ahora se hacen fotos unas adolescentes con pantalones tan cortos que dibujan claramente la línea de los montes venusinos. Agoniza Nelson y su espectro sube a la red desde el perfil de instagram de una de las jóvenes: *Jenny. Tauro. Enamorada. 17 años. Pasión por el tecno y los tatuajes*. Y Nelson navega en los océanos de internet, sin cuaderno de bitácora, perdido en el tiempo sin tiempo, desangrándose con cada bit. *Godsavetheking.com*

Hugh sonrío, aunque en el fondo se siente molesto con estos turistas bobos que pasean por los alrededores de la historia sin enterarse de nada. Haciendo fotografías en los escenarios

sólo porque un *influencer* les dice que hay que hacerse un selfi en ese lugar. Amebas que pasan de puntillas por las épocas. Colocándose en primer plano para creerse protagonistas de algo trascendente.

Yo bajo la estatua de Nelson.

Yo en la cubierta del *Victory*.

Yo junto a las ruinas gloriosas de mi país, aunque yo no sea nadie, carne anónima en las corrientes de la historia. Modas para autorretratos de la nada.

Las adolescentes no dejan de fotografiarse en el lugar sagrado en el que expiró el almirante. Y ríen, descaradas, cuando se dan cuenta de que han empezado a molestar al resto de visitantes que esperan su turno. Sobre todo señalan a Hugh porque parece el señor más serio, una lejana evocación de su profesor de Historia al que ahora recuerdan explicando la gloriosa y épica batalla de Trafalgar.

Hugh vuelve a mirar el lugar donde murió el héroe y se marcha discretamente del barco-museo. No muy lejos hay otras embarcaciones que parecen páginas históricas: la nao *Mary Rose*, de la época Tudor, hallada bajo las aguas o el acorazado *HMS Warrior*, que aún muestra el aire ceremonial e impostado de los tiempos victorianos. Pasa de largo porque hay cola para visitar los barcos del pasado. Además, en estos días se siente incómodo recorriendo solo estos lugares. Cree que todo el mundo está pendiente de su soledad, de su abandono, de su tristeza de pobre viejo que ya no tiene a nadie que lo acompañe para contarle sus batallitas.

Pero hoy suspira y se alegra al pensar que Violet estará pronto con él y juntos partirán al continente para hacer este viaje largamente esperado. Una travesía, sin embargo, que tendrá mucho de improvisación, de decisiones en el último momento según el capricho de los viajeros, aunque su ruta en realidad esté trazada con fría y meditada precisión. Al menos, su final.

En una animada calle de bares y restaurantes se sienta a descansar. Está agotado, aunque no ha caminado mucho. Aun así, está feliz por haber dejado el «Godzilla», ese tratamiento



que devora, que arrasa, aunque los médicos dijeran que ha servido para alargarle la vida. La vida, ¿qué vida? Ahora, de forma increíble, su cuerpo se ha normalizado. Duerme bien, respira bien, come bien, defeca bien. Más o menos. Sólo ha adelgazado un poco y se siente más cansado, pero este no será un viaje de velocidades y urgencias. Llevan poco equipaje y toda la calma del mundo.

Mientras apura una cerveza recuerda los veranos felices en Portsmouth. Aquí tuvo su primera borrachera y eso no se olvida. Fue en una excursión con sus compañeros del instituto. En el autobús que los llevaba a la playa bebió de una botella de ginebra que uno de sus amigos le había robado a su madre. Evoca ahora a aquel amigo, Peter Dunne, que le ofreció la botella entre risas, haciéndose el valiente, gozando del aplauso del resto por haber conseguido tanpreciado botín. Reía y bromeaba, se pavoneaba de su capacidad de bebedor, pero casi todos sabían que detrás de aquella demostración se escondía la tragedia de su madre alcohólica, una pobre mujer que ya apenas salía de casa después de haber sufrido caídas y accidentes en su recorrido diario buscando bebidas en la tienda del barrio. La señora Dunne apareció en la mente de todos con su cara pálida e hinchada de bebedora, el pelo ralo y descuidado, su mirada perdida de sonámbula. La señora Dunne también estaba presente en cada uno de los sorbos de su hijo Peter, pero él no quería darse cuenta y jugaba a liderar el campeonato de tragos que había propuesto para entretener el viaje. Finalmente, Peter se quedó dormido por culpa de la borrachera y entre todos terminaron la botella para que no asomara más la sombra de la señora Dunne en aquel viaje.

Portsmouth y su ambiente familiar, su horizonte de barcos blancos en la lejanía, de bares alegres con gente al sol. Un sol extravagante en Inglaterra. Un sol que nada tenía que ver con los habituales paisajes nebulosos, la luz de ceniza de esos cielos que parecían aplastar el horizonte. Una línea de plomo que también borraba los perfiles de las cosas, como si nunca se pudieran ver completas y definitivas. Un aire que dotaba a los paisajes, los objetos y la gente de un perfil incierto y confuso.

En aquella excursión, bajo un sol excesivo, bebió de la ginebra de su amigo Peter y luego cerveza barata durante todo el día. Durmió con sus amigos en la playa porque perdieron el autobús y durante mucho tiempo asoció el olor de la arena mojada, el sol, el salitre y la cerveza con la felicidad. Descubrió que en Portsmouth la vida parecía estar dibujada con un trazo más preciso y luminoso. El sol raro de Portsmouth.

Portsmouth. El principio de su vida y, ahora, casi el final.

Es la hora, así que se dirige a la estación. Está impaciente por abrazar a Violet y agradecerle que haya decidido acompañarlo. Las nueve en punto en el reloj cansado que hay junto a los andenes, la hermosa esfera de las estaciones de la Railways. Parece que en su redondez perfecta estos relojes albergaran el vértigo y las prisas de todos los viajeros que miraron alguna vez sus manecillas con la impaciencia y los nervios de los que están a punto de partir. Mecanismos exactos, las horas pasando, el tablón de anuncio de los itinerarios diseccionando la geografía del país, uniendo lugares, alejando o acercando vidas: Kent (vía 1. Salida a las 20.45 horas), Bristol (vía 4. Llegada a las 21.23 horas). Y el olor de los trenes. Cómo le gusta la atmósfera de las estaciones. En el viaje, han previsto cubrir algunas distancias en ferrocarril. Trenes para atravesar Europa. ¿Ruán-París? ¿Dijón-Besançon? Ya lo decidirán. Han descartado los vuelos directos o el Eurostar desde la estación de Saint Pancras, que atraviesa, veloz y eficiente, el canal. Quieren ir con la serena lentitud de los viajeros antiguos. A Hugh no le hubiera importado recorrer los caminos en carruaje, cabriolé o calesa, como sus héroes literarios. En la maleta lleva un itinerario al que ha dedicado buena parte de su vida de investigador: *Historia de un viaje de seis semanas*, el diario del viaje de Percy y Mary Shelley. Una aventura de la que se habían cumplido dos siglos. Hugh había entregado a su editorial un ensayo dedicado a ese diario. Estaba ilusionado con la publicación y la gira de presentaciones, pero el destino le ha obligado a dar un cambio de rumbo en su tranquila y apacible vida de investigador, de escritor de libros de viajes históricos. Hugh de Gauld ha anulado la promoción del libro, pero hará el viaje a su

manera, un viaje como los que hizo en su juventud. Claro que ahora no lleva sólo una mochila con un par de camisetas, mudas de ropa interior y un par de calcetines, sino los recuerdos de toda una vida. Y, al contrario que entonces, cuando recorría el mundo sin tener nada previsto, en este itinerario el final ya está escrito.

El expreso de Londres llega a la vía 7. Se apean viajeros disfrazados de verano. Ya desde la estación de Waterloo, los viajeros a Portsmouth anuncian su destino de las soleadas playas del sur con sus gorritos, sandalias con calcetines, sombrillas y pantalones cortos que muestran las piernas con ese inconfundible color de talco.

Por fin ve a Violet bajar del vagón. Sólo trae una maleta y un bolso. Lleva el pelo blanquísimo recogido en un moño. Está feliz, segura, consciente de que ha tomado la decisión más importante de su vida: acompañar a su marido hasta el final. Sonríe al verlo y lo abraza con fuerza. Parece que no se ven desde hace tiempo, pero se han despedido hace apenas un par de días en la estación de Waterloo, justo donde Hugh, antes de saber si le acompañaría, se había sentido solo, vencido y derrotado.

Pero ahora ella está allí. Hugh aspira la colonia de lilas de su pelo, tan familiar, y también descubre un levísimo olor a regaliz y amoníaco, imperceptible para cualquiera pero no para su potentísimo olfato. A Violet no le gustan los lavabos del tren y una hora y veintidós minutos es demasiado para una mujer de setenta años que usa pañitos higiénicos para las pérdidas. Y entonces Hugh recuerda por un mínimo segundo su sueño de la noche anterior, cuando era niño y se mojaba las manos de orina para que no se le agrietaran mientras buscaba tesoros en los solares del Londres de la posguerra.

Se despierta un poco mareado. El camarote está a oscuras. Violet ha corrido la cortina para que se sienta más cómodo. El dolor de cabeza ha desaparecido, pero tiene que levantarse rápido para vomitar en el minúsculo cuarto de baño. La travesía

es corta, pero Hugh ha comprado un pasaje con camarote en previsión de lo que pueda ocurrirle. Siempre se ha mareado en sus viajes en barco. Claro que ahora se añaden otros perturbadores males que intenta apartar como moscas molestas.

Ya más despejado, sale del camarote para buscar a Violet. Está en cubierta y se ha soltado el pelo, la melena blanca al viento, sólo con algunos mechones prendidos con horquillas, los brazos reposando en la barandilla, tan elegante contemplando el mar. Mira al horizonte buscando en la lejanía el continente, el puerto francés de Le Havre.

Se conocieron en Le Havre a mediados de la década de los setenta. Violet Harper formaba parte de la orquesta que aquella noche interpretaría piezas de Brahms, Schubert, Mozart, Beethoven y Vivaldi. Hugh participaba en un congreso sobre viajeros románticos ingleses que habían recorrido Normandía y decidió asistir al concierto junto a otros colegas. Desde la oscuridad del patio de butacas, se enamoró de la muchacha del pelo blanco. Ella apenas contaba treinta años pero ya tenía una hermosa melena plateada. Era la concertino de la orquesta. Todo era armonía y elegancia en ella, desde la forma en que inclinaba la cabeza para acomodar el violín, hasta sus larguísimo y esbeltos brazos acariciando el arco del instrumento. Hugh se propuso saludar aquella noche a la concertino. Y lo consiguió. El fondo de esa historia es la ciudad de Le Havre, cuyos perfiles Violet intenta ahora descubrir desde la cubierta del barco que la aleja de Inglaterra.

Hugh la observa. En realidad no quiere que este momento termine nunca, que ella se dé cuenta de que está mirándola, vuelva el rostro y lo salude y le cuente lo que está intentando ver a través de la bruma de las frías aguas del canal. No pretende interrumpirla, despertarla del sueño, no quiere que se rompa esta magia, desea con toda su alma que todo quede congelado en un momento eterno. Se quedaría a vivir aquí, quede lo que quede. Nunca se aburriría, podría pasear por esta escena por los siglos de los siglos. Mirándola. No le hace falta nada más. Pero una ola que rompe contra el casco del barco hace que Violet se asuste y se retire un poco de la barandilla y,

así, se da cuenta de que su marido está observándola en silencio. Sonríe al ver que no tiene mala cara. Ahora contemplarán juntos la llegada a Le Havre.

Hugh se acerca lamentando que el instante se haya roto. El mecanismo del tiempo que va acortando los paisajes de su vida avanza, implacable, y debe seguir viviendo. Sabe que no le quedan muchos momentos como este. Abraza a Violet. Su colonia de lilas se mezcla con el olor del mar, el viento frío, la bruma que a veces borra algunos perfiles y crea una nube que parece sostener el barco en el vacío.

Mira al otro lado, al horizonte que ya esconde muy a lo lejos los perfiles de la costa británica y por primera vez es consciente de algo terrible. Algo que es abismal y que intenta apartar de su mente porque en este viaje sólo quiere ser feliz. Queda atrás su querida isla y Hugh no quiere mirarla, pero siente ese inevitable pellizco de los que la abandonan. Esa isla maravillosa anclada sobre mares fríos, un lugar con tanta fuerza que es capaz de sugerir que es un continente y el resto, sólo islotes, que los movimientos tectónicos que hace milenios hicieron que se adentrara en los mapas marinos y se alejara no eran sino soplos de algo divino para aislar a la mejor de las tierras y dejarla a solas con la historia.

Hugh contempla cómo la bruma rodea el barco que los aleja para siempre de aquella bendita isla y tiene la sensación de que son las nieblas huidas de Londres las que acompañan a estos viajeros errantes.

Nunca lo sabrán, pero a 184 metros bajo el agua, en el fondo de este Atlántico-puente, a latitud 50 grados norte y longitud 34 grados oeste, yace un barco que se hundió hace noventa años. Trescientos cuarenta y ocho muertos flotan aún en su costillaje de óxido. Marineros muertos en los que también quedó grabada la última imagen de la isla a la que nunca pudieron regresar.